

en los laberintos. Tenían solamente cuidado de no separarse—esta es la última ráfaga de razón que les queda á los hombres embriagados—y escogían con preferencia las calles altas, queriendo mejor subir que bajar por miedo de caer.

## XXIII

Después encontraron el silencio y la obscuridad. Y subiendo aún, llegaron al punto más elevado de la ciudad árabe, en el barrio argelino, que es por la noche el más sombrío y solitario. Estaban oscuras, muy oscuras aquellas calles estrechas y abovedadas. Las paredes eran muy viejas y estaban cubiertas de musgo.

Los pisos de las casas sobresalían unos de otros, y los dos lados de la calle se tocaban; estaban apuntalados por arriba y sostenidos con filas de vigas entrelazadas.

Habían acumulado allí tantas capas de cal, que todas aquellas cosas blanquecinas estaban enterradas bajo ellas y habían perdido su forma, como muertas ya de vetustez. Las puertas mezquinas, muy bajas y muy hundidas, parecían querer ocultarse en aquellas grandes torceduras de las pare-

des, que presentaban un aspecto caduco, y en las que no había ninguna ventana: si por casualidad habían necesitado abrir algún hueco, le habían hecho muy pequeño y cubierto con una reja.

Aquello tenía aspecto misterioso é impenetrable. Sus pasos, mal seguros, retumbaban sobre las viejas losas de piedra, abolladas é informes, y sobre las cuales, los blancos resplandores de la luna parecían sábanas funerarias.

El silencio los disgustaba de nuevo, y la tranquilidad de la ciudad les daba miedo.....

## XXIV

De pronto, en lo alto de una de aquellas grandes paredes que bordeaban la desierta calle un agujero, tan irregular, como el que hace una bala, se iluminó con luz rosada, y una cabeza de mujer apareció en él como una visión. Estaba alumbrada de lleno, sin duda por alguna lámpara colocada muy cerca de ella, en el interior, y su cara resplandecía en medio de la noche como un astro luminoso.

## XXV

Era Fatmah, que había oído sus cánticos y miraba desde arriba quiénes eran aquellos paseantes nocturnos. Estaba tan bien pintada, que sus mejillas, redondas y tersas, tenían el brillo de las muñecas de cera. Sus ojos sombríos eran más grandes que lo natural, y entre sus largas pestañas negras se veían girar las pupilas sobre el esmalte blanco; se sonreía vagamente, mirando hacia aquellos hombres embriagados. Llevaba los cabellos recogidos, bajo un turbante de gasa de oro, y sobre la frente tenía una corona de monedas de plata, separadas por perlas y corales. Un gran número de sortijas, pesadas y magníficas, le atravesaban las orejas, y varias guirnaldas de flores de azahar, entrelazadas con otras flores encarnadas pendían de su tocado, cayendo sobre las placas de metal que le adornaban el cuello. Su rostro estaba justamente incrustado en el agujero. No se la veía más abajo de los collares, y su aspecto era el de una cabeza sin cuerpo. Tenía el encanto de una cosa sobrenatural que hubiese tomado vida.....

## XXVI

Ellos se detuvieron, sobresaltados y medrosos, delante de aquella aparición. Ella, mirándolos, con una nueva sonrisa, entreabrió los labios, mostró sus dientes brillantes é hizo: ¡Pst! ¡pst!.....

.....

## XXVII

Los tres bretones no respondieron: tenían miedo. Aquella mujer, adornada como un ídolo en aquel triste lugar, les inspiraba terror supersticioso. Y además, también se parecía á la Virgen de alguna capilla bretona, adorada en su infancia, y que permanecía grabada en su imaginación sencilla, con un atavío de un lujo también salvaje y un tocado semejante, hecho de plata y de oro.

Pero los tres vascos eran más intrépidos, y se sentían con humor de probar fortuna. Elsagaray, buscando por dónde se podría entrar en la casa de la bella acabó por descubrir la puertecita baja, que se disimulaba en el quicio de la pared, y se puso á llamar allí. El ventanillo se entreabrió y la encan-

tadora cabeza reapareció á dos pasos de ellos, alumbrada por una lámpara de cobre.

## XXVIII

Muchacho excéptico por naturaleza y habituado á las maneras de las mujeres perdidas, Elsagaray, el artillero, tuvo el descaro, para hacerse abrir, de mostrar una moneda de plata que por casualidad le quedaba.

.....

## XXIX

—*Macache* (¡jamás!)—dijo la bella cabeza sin cuerpo, chasqueando la lengua con aire desdeñoso y despegado. En efecto; no era aquella su tarifa. Y pasando por el ventanillo las manecitas, con los dedos pintados de color rojo indicó, contando por los dedos, que era necesario dar cinco veces más.

## XXX

Los tres bretones tenían buen corazón. «Toma—dijo Ivon—yo te lo doy»—y puso en la mano de Elsagaray el resto de su bolsillo: la suma exigida se completó.

Kerboul y Le Hello, reuniendo todo lo que tenían, quisieron darlo también á Guiaberry para Fizah, que acababa de aparecer. El ajuste se hizo rápidamente por las dos hermanas, y los dos vasos pasaron, agachándose, por la puertecilla siniestra.

Quedaba Baracere, que quería entrar también, seducido por los grandes ojos de Lalla-Kadidja, la madre. El había distinguido, por detrás de Fatmah, aquella profunda mirada. No tenía nada, y las tres moras pensaban dejarle fuera. Pero en aquel momento, Lalla-Kadidja comprendió que era vieja, y notando que Baracere era hermoso y que estaba borracho, le cogió por el brazo con cínica sonrisa para arrastrarle hácia sí.

La puerta giró pesadamente sobre sus goznes, y fué cerrada por un cerrojo y grandes barras de hierro.

*¡De profundis!*..... Los tres que quedaron fuera .

se miraron, procurando aclarar sus ideas, y después se sentaron en el suelo, sobre el empedrado, para esperar.....

## XXXI

Ellos querían permanecer allí, pues aún comprendían que no convenía separarse de un lugar semejante. Auguraban mal de aquella casa que acababa de encerrar á sus compañeros de á bordo.

Si un bretón hubiese entrado allí le hubieran esperado hasta por la mañana. En todos los países, es costumbre entre marineros que corren aventuras conservar ese lazo de unión, aún cuando estén muy extraviados por la embriaguez; no abandonan nunca á los compañeros que son de su mismo pueblo ó de su mismo país. Pero aquellos artilleros, después de todo, eran vascos, y á la mañana apenas los conocerían. Los esperaron largo tiempo, pero después los olvidaron, y cuando uno de ellos se levantó echaron á andar.

## XXXII

Habían vuelto á cantar de nuevo á tres voces la canción del *Joll baleinier*. Estaban siempre en las

mismas callejas; bien las reconocían; pero entonces, una multitud de apariciones, parecidas á la de Fatmah, se mostraban á su paso. A cada momento se veía una pared blanqueada, un agujero, por el cual sonreía una cabeza pintada, que estaba cubierta de plata, de coral y de flores de azahar.

Algunas veces se abría una puerta. En el interior, las mujeres que tenían las voces muy dulces, cantaban: «Danidann, danidann», frotándose las manos delante de un brasero de cobre, de donde salía humo de incienso. Se las veía agrupadas, bajo alguna columnata de marmol, de forma elegante; llevaban chupas de seda y oro, pantalones de mil pliegues y pequeñas babuchas con perlas; sus trajes estaban compuestos de esos colores suaves, extraordinarios y sin nombre, que deben usar las hadas.

«Danidann, danidann.....» en aquellas callejas, que parecían los restos de una ciudad muerta; en aquellas casas, roídas de puro viejas, próximas á caer hechas polvo, había un no sé qué de encanto y como de *Mil y una noches*.—Ellas sonreían, invitán- doles á entrar; y ellos se detenían, encantados de verlas, pero sin atreverse. Había allí de esas mujeres por todas partes; y cuanto más avanzaba la noche, más se abrían las viejas puertas.

Moras sonrosadas, medio cubiertas bajo los velos de gasa de seda blanca. Judías pálidas, con sus delgadas pestañas y justillo de terciopelo. Otras que, para prostituirse, habían venido desde doscientas leguas del interior, de los oasis lejanos, y que tenían extrañas figuras del desierto, inmóviles en su puerta, permanecían con los ojos bajos, la voz ronca, y con altos tocados de placas de metal y joyas, como las que usan los salvajes.

También había negras, de tipo raro y de fealdad extraordinaria. Envueltas de la cabeza á los piés, en telas azules de cuadros, eran las más intrépidas, y avanzando á grandes pasos y mostrando sus piernas flacas, les tiraban de la manga para hacerles entrar. Ellos las miraban por encima del hombro, riéndose á carcajadas, y seguían su camino; los tres bretones empezaban á comprender en qué lugar habían caído..... Y cuando veían salir de algún viejo palacio musulmán una linda criatura, con ojos agrandados por el artificio, brillando en la obscuridad, se aproximaban para tocarla. De cerca, lo más frecuente era que estuviese ajada; llevaba bordados de oro deslucidos, joyas que no eran más que quincalla, simulando las verdaderas que había vendido á los judíos.

Entonces, Kerboul ofrecía, por irrisión, los cénti-

mos que le quedaban; la muchacha le dirigía en francés alguna injuria grosera, que había aprendido de algún zuavo, y cerraba la puerta.

En la parte baja, en la ciudad francesa, tocaban retreta; los soldados y los spahis, que tenían los cuarteles en la alta, pasaban para llegar á la llamada. Cruzaban en filas y del brazo, cantando á voz en cuello *El artillero de Metz* ó alguna otra canción de taberna, bajo las arcadas moriscas. La antigua Kasbah, donde en otro tiempo se destrozaba al imprudente viajero, estaba llena de voces de borrachos.

## XXXIII

Entre tanto se hacía tarde, estaban fatigados, y tenían sed. Poco á poco las tiendas de los barberos, donde se tocaba; los cafés morunos, en que se bailaba, se iban cerrando. Hasta las puertas de las muchachas dejaban ya de abrirse. La hora de la gran prostitución del domingo había pasado. La ciudad árabe caía de nuevo en el silencio y en la noche profunda. Los marineros hubieran querido entrar en alguna parte para beber todavía y para dormir. Pero, entre los tres, no tenían más céntimos que los

de Kerboul. Y además, Ivon se inquietaba por dos gatitos pequeños que había robado por cariño, y que se quejaban dentro de su camisa de marinero, donde los había alojado, para que tuviesen más calor. Bajaban entonces una larga y desierta calle. Encontraron una puerta de mármol, esculpida de flores muy antiguas, inscripciones árabes y dibujos misteriosos, cuyo efecto se asemejaba al que producen las porcelanas de mil colores; una lámpara que estaba allí suspendida arrojaba al exterior una luz, que reflejaba sobre el pavimento. Algunas gentes de muy mala traza entraban furtivamente. Ellos entraron también, por curiosidad. Era un baño árabe, de mala fama. Los bañistas se habían ido, y hombres sin hogar, mestizos indefinibles, nacidos al azar, del vicio, iban á acostarse por diez céntimos sobre las esteras, llenas de sabandijas, que habían servido para las fricciones.

Pasaron delante de aquella gente que dormía. Después llegaron á unas pilas profundas, cubiertas por grandes bóvedas, que se filtraban como las cavernas. Apenas se veía allí á causa de un vapor caliente, que aumentaba la obscuridad; el aire húmedo tenía una pesadez extraña—y un hombre amarillento, desnudo, sobre el mármol como un cadáver, cantaba con voz de falsete un aire lúgubre,

que daba miedo. Les pareció inmundo aquel lugar, y se marcharon.

## XXXIV

Largo tiempo anduvieron sin ver nada más. Y después oyeron un gran ruido, que partía de una casa cerrada: una música infernal, gritos y risas. Escucharon; hablaban francés allí dentro—¡y también bretón!.....

Llamaron, pero no les abrían. Entonces derribaron la puerta á golpes.—Los recibieron con los brazos abiertos. Una habitación semi-árabe; cuatro negros, enteramente desnudos, tocaban con castañuelas de cobre y un tambor un aire de la Nubia. Y al son de aquella orquesta, una docena de parejas de zuavos y marineros bailaban pausadamente cogidos por la cintura;—los zuavos tenían puestas las camisas de los marineros y éstos las gorras de los zuavos. Cuando los cuatro negros estenuados hacían señal de detenerse, los bailarines les enseñaban el puño y los otros continuaban desesperados de su impotencia.....

Entonces quisieron ellos también vestirse con la ropa de un zuavo para tomar parte en la diversión. Uno rubio y corpulento se ofreció voluntariamente,

y cada uno de los tres bretones le dió en cambio una pieza de su traje.

Por último salieron juntos, hacia la media noche, después de haber bebido, sin pagarlo, un litro de aguardiente, tan fuerte, que quemaba como fuego. En aquel momento eran cuatro, con el compañero adquirido nuevamente, y empezaron otra vez á errar por las calles más borrachos que nunca.....

## XXXV

Era la una de la madrugada y se encontraban, sin saber cómo, en lo más alto de la Kasbah. Estaban sentados sobre las rocas, á la entrada de un bosque de Eucaliptus, cuyas hojas agitaba de cuando en cuando un soplo de viento.

Por encima de ellos estaba la ciudad árabe y más abajo la ciudad cristiana, ambas dormidas; los últimos gritos, los últimos cánticos de la orgía acababan de terminar. La antigua Kasbah, protegida por la majestad y los pudores de la noche, se reclinaba sobre sí misma y se recogía en el pasado. Se veían las entradas de las calles centenarias que iban á perderse en las obscuridades profundas. La luna alumbraba con palidez serena los grupos de

construcciones moriscas, que conservaban, á pesar de su antigüedad, una blancura misteriosa, y que parecían habitaciones encantadas. A lo lejos se extendía la mar, gris perla, con las luces de las embarcaciones.

Todas las exhalaciones humanas habían cesado con los olores de las drogas, de las tabernas y de las prostitutas. No había entonces más perfume que el de los naranjos, con no sé qué otro olor fresco y rejuvenecedor que subía de la campiña.

El aire tenía esa calma tibia y esa transparencia de las noches de Argelia; un soplo de viento que se levantaba á intervalos regulares, como la respiración de las cosas, hacía remover detrás de ellos las ramas del bosque. En aquel estado tranquilo soñaban con todas las mujeres que habían visto en las casas viejas, ó en las paredes de azulejos, y que cantaban «Dani dan» batiendo palmas y haciendo gran ruido con las sortijas y los brazaletes. Soñaban también con sus tres compañeros vascos, que habían abandonado en medio de ellas, y se preguntaban si no sería posible, buscando bien, encontrar aquella puerta y volver á socorrerlos.

Ivon se acordaba de Bretaña, de las grandes costas de granito, donde soplaba el viento húmedo del Océano, y de las nieblas grises, extendiéndose como

largos velos sobre la inmensidad del mar alborotado y de los grandes paisajes taciturnos del país céltico. Todo aquello, visto desde Argelia, estaba pálido como una visión lánguida; suave y triste como una poesía del Norte. Y después recordaba el país de León, la llanura plateada y florida, amarilla por las aliagas en flor, y el campanario, al despertar, elevándose en la planicie sobre el fondo dulce y melancólico del cielo bretón..... Cierta resplandor se destacaba de su clara inteligencia; le daba vergüenza de haber estado borracho, y se pasaba las manos por la frente como para arrancar de delante de sus ojos el velo pesado del alcohol.

## XXXVI

En aquel momento se oyó rodar un carruaje que subía de la ciudad. Se iba aproximando, y al fin pasó cerca de ellos. Era una especie de carretilla, un gran cofre negro, como para conducir cadáveres; estaba arrastrado por dos hombres, que se apresuraban con aspecto de haber cometido alguna falta. Un gemido partió de aquella arca cerrada. Entonces se levantaron todos.

## XXXVII

—¡Eh! ¡A esos!—¿Qué es lo que lleváis ahí ocultándoos en la noche?

—Unos perros, señores marineros—respondieron los que pasaban con una carcajada.

Aquello era sencillamente el carruaje que conducía á los perros errantes.

Pero al movimiento que ellos habían hecho y al ruido de su propia voz, aquellos fantaseadores se habían convertido de nuevo en simples marineros borrachos, y sintiendo de pronto por aquellos *pobres animales* una piedad simpática, una ternura de borrachos, exigieron que los pusieran en libertad y se suscitó una disputa.

## XXXVIII

La discusión no fué larga: cinco minutos después el cochecillo continuaba su camino; pero eran los marineros los que lo empujaban, cantando su canción favorita, y los perros sueltos seguían saltando, locos de gozo, lamiéndoles las manos á sus amigos. La carreta marchaba alegremente dando vaivenes sobre las piedras, y dentro de ella iban los

dos hombres encerrados, bajo llave, en el cofre de los animales.....

## XXXIX

*Joli baleinier, veux-tu naviguer?*

*Joli baleinier,*

*Joli baleinier.*

Los pasearon hasta la mañana, cantando primero *Joli baleinier*, y después, para cambiar:

*Tiens bon, Marie Madeleine,*

*Tiens bon, Marie Madelon!*

## XL

Por último, los arrojaron cerca de Bâb-Azoum, sobre un montón de basura.

## XLI

Entonces reconocieron aquellas calles y quisieron aproximarse al punto donde la víspera habían desembarcado. Llegaron á los barrios de mala

fama, llenos de guaridas italianas, que están próximos á la marina. Comenzaba á hacer frío. No había amanecido aún; pero, sin embargo, ya se abrían algunas tabernas para dar de beber á los jornaleros más madrugadores, ó para arrojar fuera á los embriagados del día anterior que habían rodado debajo de la mesa, entre los salivazos, abrazados á las muchachas. Entraron y se sentaron en los bancos de un gran cobertizo, en cuyo fondo se veían filas de toneles alineados. La garganta se les abrasaba. Con la bolsa del zuavo y los céntimos de Kerboul, bebieron varios vasos de ajeno con un poco de agua. En cuanto se les acabó el dinero, los echaron á la calle.

## XLII

En aquel momento no tenían ya conciencia de nada. Iban con el cuerpo inclinado hacia adelante, extendiendo los brazos como para asir el vacío, describiendo en su marcha grandes curvas, como los pájaros heridos. La cabeza les dolía, tenían gran necesidad de dormir, y un mareo continuado, que les producía una impresión de agonía penosa.

Se encontraron otra vez al final de los muelles, y entonces se acordaron de su barco, de su oficio de

marineros, y no quisieron ir más lejos, por temor de perder de vista la mar; se tendieron sobre la arena, quedaron inmóviles y como incrustados en el punto en que por casualidad habían caído, y perdieron el conocimiento.

## XLIII

Elsagaray y Guiaberry, los dos vascos, al despertar, miraron á las jóvenes que dormían cerca de ellos.

Sus camisas, que estaban hechas de una gasa que nunca habían visto, se abrían á medias sobre el cuerpo moreno. Vieron que eran hermosas, á pesar de que sus mejillas estaban un poco pálidas.

Una lámpara, montada en largo pie, al estilo de las lámparas antiguas, alumbraba un lugar extraño, irregular, como una caverna. La lechada de cal, extendida por todas partes, suavizaba los ángulos ó las rugosidades de las paredes donde, agrupados al azar, se veían cuadros pequeños que representaban cosas incomprensibles: eran inscripciones singulares, en forma de animales; leones, cuyos cuerpos eran un conjunto de jeroglíficos de oro; sím-

bolos misteriosos, y varias imágenes de un caballo alado con rostro de mujer.

Habían dormido en el suelo, sobre unas almohadas; no había nada en aquella guarida, nada más que una estera basta, toda de una pieza, cubriendo el suelo, y un plato de cobre, en el cual se había quemado el ambar y el incienso. El aire conservaba su olor de iglesia. Las jóvenes tenían en su sueño una tranquilidad y una inocencia infantiles. Estaban aún ataviadas con todas las joyas de plata y de coral, y con los olorosos collares de flores de azahar.

Ellos experimentaban cierta timidez y malestar en medio de todo aquello que les era desconocido. Se levantaron con precaución para no despertarlas, y se acercaron hacia una abertura, que cerraba una cortina de seda. Entonces se encontraron en el patio de azulejos y de marmol, al que entraba por arriba el aire puro y delicioso de las últimas horas de la noche.

## XLIV

Se acordaron de Barazére, que dormía cerca de Kadidja, en otra parte de la casa, y le llamaron dulcemente. Barazére se levantó y miró á aquella